

sión espacial de esa comunidad, puede vivir y desarrollarse sin recurso ni socorro exterior; sucede lo mismo con la villa y el burgo que participa más de la villa y de lo agrario que de la ciudad y de lo urbano. Pero, tan pronto como alcanzamos el diámetro de la ciudad, nos encontramos frente a una imposibilidad de vida autónoma y, por tanto, frente a un conjunto cuyos elementos son, desde el punto de partida o *en* el punto de partida, no-urbanos.

Y el error del punto de partida de los críticos, de quienes hemos hablado hace poco, se agrava debido a que *la ciudad es el resultado más complejo de una evolución que es —ella misma— de lo más complejo*. Se ha hablado de la monstruosidad de las ciudades; es, asimismo, de buen tono hablar de esta monstruosidad y sacar de ella argumentos en contra de la civilización industrial que impondría al hombre un medio que sería en cierto modo *contra natura* y que, eventualmente, transformaría lo citadino —nosotros preferiríamos decir lo urbano, si no existiera ya la práctica de hacer la distinción entre la urbe y la ciudad, para poder hacer, de este modo, la distinción entre el hombre que habita una urbe con todo lo que este vocablo y este hecho comportan de historia, y el hombre que habita una ciudad, con todo lo que el hecho urbano y el vocablo ciudad comportan de presente, de contemporáneo—, transformaría, decimos, lo citadino o “lo urbano”, progresivamente, por acción de un medio *contra natura* en algo humano deshumanizado y, por lo tanto, en algo que es, en sí mismo, *contra natura*. *No hay*, conforme a nuestro punto de vista, *en la ciudad*, sea cual fuere la superficie o el volumen, la cantidad material o la cantidad humana, *ninguna monstruosidad* y en cambio existe sólo, desde el punto de vista del observador, *una complejidad profunda*. Desde el ángulo del observador y en ningún modo fatalmente desde el de quien vive y tiene sus actividades en la ciudad. Si la ciudad, siempre y desde antes de la aparición de las grandes aglomeraciones urbanas del período contemporáneo, ha carecido siempre de autonomía, no ha dejado de ser por eso, siempre, fenómeno extremadamente complejo. La multiplicidad de elementos componentes; el hecho de que tales elementos componentes aunque incluso más o menos simples en el punto de partida se vuelvan complejos en el momento en que se sitúan en la ciudad sin perder por eso su naturaleza inicial; el hecho de que no haya en la ciudad adición de partes muertas, sino multiplicación de elementos vivos y, más aún, que aparezcan en el medio urbano fenómenos ocultos y que sigan ocultos en tanto no se encuentran en un medio que permita su desarrollo; el paso —si así podemos expresarnos— en la ciudad de las relaciones matemáticas a las relaciones físicas, después a las físico-químicas y a relaciones biológicas y, finalmente a relaciones sociológicas en el sentido humano de este calificativo; el hecho de que —y es en este punto en donde toda transcripción

del pensamiento lo falsea tal y como acabamos de falsear el nuestro al escribir en la enumeración precedente *después* y *finalmente*, términos que parecen suponer una serie de sucesiones en tanto que hay en el mismo momento y en el mismo sitio, en la ciudad, en estas relaciones, coexistencia y sucesión— el hecho de una coexistencia de los elementos componentes de la ciudad concurrentemente con la sucesión de estos mismos elementos componentes; hechos todos que hacen que aparezca la ciudad como algo extremadamente complejo. Y por no llegar a situar fácilmente dentro de un orden lo que aparece como una protuberancia, como una excrescencia nacidas sólo de la complejidad, se siente la inclinación a hablar —con mucha facilidad— de monstruo. Pero *la monstruosidad de las ciudades, la monstruosidad de las grandes aglomeraciones*, tema fácil para el poeta, para el ideólogo o para el moralista conservador, *no puede resultar admisible para el punto de vista del sociólogo*.

Citaremos que no es cosa de *comprender* científicamente a la ciudad en cuanto tal, en el sentido scheleriano de la *comprensión*. Para una *comprensión* de este tipo, aparecerá como monstruosa. Sobrepasa, y con mucho, toda posibilidad de comprensión, porque se encuentra en una escala distinta de la humana. Y, por tanto, se dirá, si se encuentra en una escala distinta de la humana es claro que es monstruosa. No, porque toda abstracción se encuentra en una escala distinta de la del hombre sin ser por eso monstruos, y la *ciudad* tal y como lo ha indicado muy bien² Cecilia Mack-Lajberich, *es, desde ciertos ángulos*, por lo menos, *una pura abstracción*, pero una abstracción de la que no es vitando el tomar uno a uno los elementos componentes, los cuales son perfectamente concretos. Es que *nada, en la ciudad, es específico de ella, si no es la ciudad misma*. Conforme el geógrafo usa cada vez más del avión para su ciencia resulta más y más aparente el que si bien las “excursiones” geográficas que se hacen a pie hacen que aparezcan los elementos de un territorio —y en escala humana!—, no son suficientes para que el geógrafo tenga de la región en un paisaje, en un panorama, en una visión panorámica, en el sentido etimológico de este calificativo, una visión de conjunto. No hay, sin embargo, en este paisaje, nada de perfectamente específico, a no ser el paisaje mismo. Son muy numerosos los que han recorrido en todos sentidos y hasta los rincones más escondidos el Bassin parisién, pero son raros los que, en avión y casi de una sola mirada —y estamos obligados a decir incluso aquí, *casi*—, han visto el Bassin parisién. Son muchos los que han recorrido las calles, las callejuelas, las avenidas y los paseos de París así como sus casas y sus jardines, poco los que

² Consúltese la comunicación enviada por C. Mack-Lajberich a este Séptimo Congreso Nacional de Sociología (de México), intitulada: “Nota acerca del diámetro exacto del aislamiento de las personas...”

han tenido una visión de conjunto, en *un solo momento*, de París y, por tanto, de la aglomeración urbana de gran amplitud que es París, que, para muchos, para la mayoría, quizás para la unanimidad, no es ni sigue siendo sino un nombre, una palabra y, por tanto, algo que obtiene su realidad de una abstracción. De una abstracción que es específica. Si, consiguientemente, en la ciudad nada es específico a no ser la ciudad misma, ¿cómo conocer y explicar —puesto que aquí no se trata de “comprender”, siempre en el sentido de Scheller o en el de Schmalenbach, una ciudad, las ciudades y la Ciudad—, cómo conocer y explicar el fenómeno urbano sin haber conocido y explicado previamente los elementos componentes y el juego o los juegos recíprocos y entrecruzados de esos elementos componentes?

Porque esta especificidad no significa separación, corte, cesura, ruptura con respecto a aquello que es concomitante con la ciudad y más aún con lo que es subsecuente y con aquello que le será subsecuente. La mayor ilusión del pensamiento contemporáneo que se haya hecho en lo que se refiere a la ciudad es probablemente la ilusión de trascendencia de la ciudad en relación con el hombre. Y, por ser lo trascendente siempre más o menos monstruoso, por ser lo más o menos monstruoso por ello mismo inexplicable y por lo que es trascendente monstruoso e inexplicable algo que no es totalmente humano, se trata de algo inhumano y, por lo mismo, a causa de la habitual deformación de lo inhumano en lo anti-humano, la ciudad se ha vuelto “tentacular”, se ha convertido en “pulpo” o en “Moloch”. El estudio de las comparaciones literarias y poéticas que ha suscitado la ciudad contemporánea, representada por la gran aglomeración urbana, sería particularmente instructiva al respecto; en estas comparaciones, aparece claramente la ilusión de trascendencia, el escándalo por lo monstruoso y el temor ante lo anti-humano. A esta ilusión de trascendencia que entraña fatalmente la separación de la ciudad con el resto de una región y, por tanto, la necesidad de una ciencia nueva, la ciencia de las ciudades, que se tendría premura en denominar la Ciencia de la Ciudad, como si, arrastrados por lo trascendente quisieran los que así la denominaran, hacer la Metafísica de la Ciudad, a esta ilusión de trascendencia, repetimos, habría que sustituirla en el pensamiento y en la práctica, por la realidad de la inmanencia de la ciudad en nosotros, de la ciudad presente en nosotros, en nuestros pensamientos, en nuestros actos, en cada una de nuestras actividades, inmanencia que permite decir que en cada ciudadano, en cada “urbano” se encuentra la ciudad.

¿Cómo separar, entonces, tal ciencia eventual de la Ciudad de la Sociología? Todo se opone a un divorcio de tal tipo, a tal ruptura. Por ser el hecho social el menos autónomo, la ciudad y su conocimiento no se pueden pasar sin la exis-

tencia de la aldea y de su conocimiento, de la familia y de su conocimiento, de la producción doméstica y de su conocimiento, de todo aquello que ha precedido a la ciudad pero que se mantiene en ella. Y acerca de estos antecedentes que quedan bajo una forma adaptada, la Sociología, ha comenzado por lo menos a dar razón, ser el resultado más complejo de la evolución más compleja, la ciudad, y su conocimiento científico, tiene necesidad de resultados menos complejos de una evolución menos compleja, y, de la evolución de los grupos pequeños, de los hechos sociales de menor envergadura y de menor complicación, la Sociología, a pesar de sus retardos y de sus lagunas también, ha empezado a dar razón. Porque no hay, en la ciudad, antes de su acción sobre ellos, ningún elemento componente estrictamente científico; es fuera de la ciudad y de su conocimiento científico en donde cabe ir a buscar la realidad primaria de estos elementos, la especialidad de estos elementos así como la especificidad de la misma aglomeración urbana, que aparece en seguida y a consecuencia de la aparición del fenómeno urbano mismo, y es en las diversas ramas de la sociología en donde precisa ir a buscar la explicación de esos elementos simplemente humanos y no urbanos en sí mismos. Se percibe, desde luego, la imposibilidad de una ruptura cualquiera entre una Sociología Urbana —y ponemos ahí dos mayúsculas de buena gana puesto que parece que algunos querrían hacer de ella una de las Ciencias fundamentales dignas de toda consideración— y las otras ramas de la Sociología. Si, como creemos, nada es específicamente nuevo en la ciudad a no ser la ciudad misma, ¿cómo pensar incluso en poder prescindir de las aportaciones referentes a los medios que han precedido a la ciudad y que, además, de hecho, se mantienen o conservan en ella? Porque el medio urbano, según hemos dicho claramente y según lo ha escrito C. Mack-Lajberich no es, además,³ en substancia, el que parece teóricamente a la vista de un plano de la ciudad o, por lo menos, no es sólo eso: es el conjunto de espacios en los cuales viven ciertos hombres, ejercen sus actividades y sufren influencias, todo ello del modo más práctico y concreto. Y se trata de esos hombres precisamente (y no de otros), de sus actividades, de las actividades de estos hombres (y no de las de otros hombres) y de las influencias que se sufren en el marco de esas actividades por tales hombres precisamente y no por otros (y no de otras influencias sufridas en el marco de otras actividades por otros hombres). Y más aún, por el Hombre considerado como una entidad.

La sociología urbana no puede ser cortada o separada de ninguna otra parte de la Sociología y menos aún, probablemente, de la Sociología misma, hemos dicho apoyándonos en los criterios de no-autonomía de la ciudad, de

³ C. Mack-Lajberich: Comunicación citada.

complejidad de la ciudad, de falta de especificidad de los elementos componentes de la ciudad. Esos serían los criterios internos y presentes. Hay otros criterios que podrían impedir esa ruptura o ese corte en mayor proporción quizás, criterios externos y nacidos del pasado, a saber, los de localización de las ciudades en el tiempo y en el espacio, de función de las ciudades, de poblamiento de las ciudades y, por tanto, de multiplicidad de las ciudades y de los tipos de ciudades. Puede verse que, al hablar de la Ciudad, pasamos del singular al plural. Los primeros criterios marcan características que poseen todas las ciudades sea cual fuere el lugar en el que se encuentren, estén habitadas por quienes estén habitadas, en tanto que los segundos indican características que, en cuanto a su forma, varían para cada ciudad. Es probable que no se encuentren dos ciudades que respondan a características idénticas de localización en el medio natural no modificado y probablemente sería aún más difícil llegar a descubrir dos ciudades que correspondieran a un mismo medio natural modificado. ¿Ha llegado a percibirse claramente cuánto más fácil es encontrar dos paisajes campesinos que se parezcan, dos aldeas o villas que presenten analogías, que encontrar dos sitios de ciudad idénticos y dos ciudades que se parezcan? ¿Es posible —y a propósito no citamos al azar sino aquellas ciudades que conocemos—, es posible decir que los sitios y los panoramas de París, de Londres, de Roma, de Estambul, de Argel, de Helsinki, de Viena, de Budapest, de Colonia, de Hamburgo, de Belgrado, de Bucarest, de México, de Nueva York, de Estocolmo, de Atenas, de Túnez —y, ¿para qué continuar esa enumeración?— se parecen? Siempre nos ha divertido mucho leer en los grandes relatos de viaje de los novelistas y de los poetas que tal o cual gran aglomeración urbana contemporánea se parece a tal o cual otra gran aglomeración urbana contemporánea: el literato, lleno de los fantasmas de su imaginación, puede creer encontrar un parecido entre dos o entre varias de esas grandes metrópolis, cosa imposible para el sociólogo que hace el análisis de estos agrupamientos urbanos. Cada uno de ellos reposa sobre un medio natural, diferente antes de la modificación que la ciudad misma ha introducido en ese medio y de las modificaciones llevadas a ese medio natural por el crecimiento mismo de la ciudad de que se trata, que han cambiado más aún los datos básicos del medio natural. Todas las grandes aglomeraciones urbanas —y cada una de ellas en lo particular— poseen sus características propias de localización en el espacio. Ahí se encuentra lo que separa más a estas ciudades entre sí y a las ciudades con respecto al campo. Pues es mucho más fácil encontrar semejanzas entre dos sitios agrarios que entre dos sitios urbanos, y esto es muy natural; por muy diversos que hayan sido los movimientos geológicos que han “fabricado” las regiones geográficas, éstos no revelan una diversidad demasiado grande, a tal grado que el

estudiante de secundaria o de preparatoria conoce de memoria estos distintos movimientos; por muy poco extendidas que sean las regiones o zonas nacidas de estos movimientos, cada una de ellas posee una extensión infinitamente más grande que la mayor de las metrópolis modernas; por muy modificadas que hayan sido por el hombre estas regiones agrarias y estas zonas rurales, el aporte del hombre a su aparición física actual es casi insignificante. Es fácil percibir, incluso sin ejemplos y sin precisiones, que no sucede lo mismo con la ciudad, incluso cuando se toman como ejemplos las ciudades más pequeñas.

Lo que acabamos de decir acerca de la localización en el espacio *habría que decirlo* igualmente acerca de la localización en el tiempo. En efecto, de las ciudades que acabamos de nombrar —de todas esas grandes aglomeraciones urbanas que van de París a Hamburgo pasando por Estambul y Nueva York— ¿cuáles son las dos que han sido fundadas, incluso aunque sólo sea en forma aproximada, al mismo tiempo? Esto, tanto por lo que se refiere a una primera como a una segunda fundación, puesto que, por lo que se refiere a estas grandes aglomeraciones, siempre es necesario hablar de dos fundaciones: la que les ha permitido reunir algunas construcciones, algunas de esas casas concebidas como el “mínimo espacio abierto” y esa otra fundación mediante la cual han ingresado a la categoría de las ciudades. Ni una ni otra fecha coinciden en muchas de estas aglomeraciones urbanas. En eso también es más fácil encontrar coincidencias de evolución del medio rural que la menor coincidencia de evolución, en un mismo instante, de las grandes metrópolis. Y esto es muy importante, en cuanto a la definición de la ciencia que habrá de ocuparse de las ciudades, pues habrá con tanta mayor facilidad una sociología agraria, nacida —a pesar de las diferencias de evolución o de contextura del medio— de las grandes coincidencias que unen a los medios rurales, tanto en el tiempo como en el espacio, cuanto que, al menos por lo que se refiere a estas grandes aglomeraciones urbanas, las concordancias, las semejanzas, los puntos de unión, incluso, serían más difíciles de establecer.

Y no se trata sólo del hecho de la gran aglomeración considerada en sí misma y caracterizada únicamente por la cantidad de sus habitantes, pues, en tanto no se trate sino de cantidad, las dificultades no serán invencibles, y seguirán siendo posibles las comparaciones. En todo este texto —tal y como hemos hecho que se haga en las diversas comunicaciones elaboradas por nuestros colaboradores para este Séptimo Congreso de Sociología (de México) y tal como lo han indicado más especialmente en las suyas Pierre Hadji-Dimu, C. Mack-Lajberich y Henri Georges Muller⁴— hemos hablado de grandes aglomeraciones ur-

⁴ Véanse las comunicaciones de P. Hadji Dimou, de C. Mack-Lajberich y de H. G. Muller enviadas a este Séptimo Congreso Nacional de Sociología (de México).